

ERIKA ADÁN MORALES

Heroínas y héroes

de la Independencia de México



Un vistazo para que los conozcas



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



ERIKA ADÁN MORALES

Heroínas y héroes

de la Independencia de México



Un vistazo para que los conozcas



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA



Heroínas y héroes de la Independencia de México. Un vistazo para que los conozcas.

Primera edición

Consejo Editorial, Cámara de Diputados LXIV Legislatura

Autor:

Adán Morales, Erika

Heroínas y héroes de la Independencia de México. Un vistazo para que los conozcas/Adán Morales, Erika. —1ªed.— Ciudad de México, Consejo Editorial, Cámara de Diputados LXIV Legislatura, 2021.

p. 128

ISBN 978-607-8621-79-8

010 Bibliografía.

Clasificación THEMA: Biografías reunidas

Heroínas y héroes *de la Independencia de México*



Un vistazo para que los conozcas

D.R. © 2021, Erika Adán Morales

D.R. © 2021, LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados
*Av. Congreso de la Unión Núm. 66. Edificio C, piso 2 mezanine interior
de biblioteca. Col. El Parque, Ciudad de México.
Tel. 5550360000, ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx*

D.R. © 2021, Imagia Comunicación S. de R.L. de C.V.
Por características tipográficas, diseño gráfico y diseño editorial.

ISBN: 978-607-8621-79-8

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Esta es una publicación de distribución gratuita y
con fines de difusión cultural. Queda prohibida su venta.

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

MESA DIRECTIVA

Dip. Dulce María Sauri Riancho
Presidenta

Dip. Dolores Padierna Luna

Dip. Xavier Azuara Zúñiga

Dip. María Sara Rocha Medina
Vicepresidentes

Dip. María Guadalupe Díaz Avilez

Dip. Karen Michel González Márquez

Dip. Martha Hortencia Garay Cadena

Dip. Julieta Macías Rábago

Dip. Héctor René Cruz Aparicio

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés

Dip. Mónica Bautista Rodríguez
Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Moisés Ignacio Mier Velazco
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Fabiola Raquel Guadalupe Loya Hernández
Coordinador del Grupo Parlamentario de MC

Dip. Jorge Arturo Argüelles Victorero
Coordinador del Grupo Parlamentario del PES

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

Dip. José Gerardo Rodolfo Fernández Noroña
Presidente

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. Ricardo de la Peña Marshall

Coordinador del Órgano Técnico

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

INTEGRANTES

Dip. Hirepan Maya Martínez

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Annia Sarabí Gómez Cárdenas

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Brasil Alberto Acosta Peña

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Alan Jesús Falomir Sáenz

GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Leticia Mariana Gómez Ordaz

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

Secretaria General

Lic. Hugo Christian Rosas De León

Secretario de Servicios Parlamentarios

Lic. Fabiola Elena Rosales Salinas

Directora de Servicios de Investigación y Análisis

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

C. Ingmar Omar Sandoval Enríquez

Secretaría Técnica

C. Valeria Cepeda Ruíz

Coordinación y Enlace Editorial

C. Jazive Jazmín Reus Arcos

Asesoría y Asistencia Parlamentaria

CONTENIDO

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	9
MARÍA TOMASA ESTÉVES Y SALAS	17
LEONARDO BRAVO	23
ANTONINA GUEVARA	29
JOSÉ PABLO CALVILLO.	35
MARÍA LUISA MARTÍNEZ DE GARCÍA ROJAS	41
BERNARDO GUTIÉRREZ DE LARA.	47
MARÍA MANUELA MEDINA	53
LUIS MALO	59
ALTAGRACIA MERCADO	65
JAVIER MINA	71
MARÍA JOSEFA CRECENCIA ORTIZ TÉLLEZ-GIRÓN DE DOMÍNGUEZ	77
ENCARNACIÓN ORTIZ	83
MARIANA RODRÍGUEZ DEL TORO LAZARÍN.	89
RAMÓN LÓPEZ RAYÓN	95
MARÍA YGNACIA RODRÍGUEZ, LA GÜERA RODRÍGUEZ . . .	101
EPITACIO SÁNCHEZ	107
MARÍA DE LA LUZ LEONA VICARIO Y FERNÁNDEZ DE SAN SALVADOR	113
MANUEL SABINO CRESPO	119
PARA SABER MÁS.	125

PRÓLOGO

Con mucho entusiasmo compartimos estas viñetas que muestran la vida de heroínas y héroes, todos ellos participantes en el movimiento de nuestra orgullosa Independencia, a partir del grito en Dolores, 1810.

Ni todos sus héroes fueron caudillos, ni todos sus caudillos fueron héroes, pero este cuadro que tenemos el gusto de mostrarles forma un conjunto inapreciable de mujeres y hombres que dieron su vida por una causa de extraordinario vigor, no siempre bien encaminado, ya que se trataba de un movimiento nuevo y sin precedente, tejido desde la mística ideológica del querer ser libre, del querer romper la cadena que no dejaba latir a ese nuevo corazón llamado México.

En estas pequeñas joyas biográficas, los queridos jóvenes lectoras y lectores encontrarán una serie de personas inigualables que cobran vida con veracidad histórica para recordar y mostrar que una nación se forja con base en el carácter inquebrantable de sus hijos; que por las venas de México corre la sangre de quienes sacrificaron todo, por un ideal de libertad que nos ha hecho nación de gente sin igual.

Con este pequeño compendio queremos ayudar ante todo a la divulgación, comprensión y aprendizaje de un periodo básico que todo mexicano debe conocer para comprender el milagro político de nuestra Independencia, lo que nos ha convertido en mexicanos.

DIP. RICARDO DE LA PEÑA MARSHALL

Coordinador del Órgano Técnico

Consejo Editorial de la Cámara de Diputados

INTRODUCCIÓN

Un contexto de las razones por las cuales estas heroínas y héroes anónimos se unieron a la guerra de Independencia.

El estallamiento de la lucha de Independencia del virreinato de la Nueva España en 1810 fue un proceso cruento que llevó más de diez años, con diferentes líderes que cuando eran capturados se substituían por otros. Finalmente se logró consolidar la emancipación en 1821 mediante acuerdos y pactos entre realistas e insurgentes.

Si bien, tenemos conocimiento de que el enfrentamiento civil comenzó en 1810, el descontento de la élite novohispana por la aplicación de las Reformas Borbónicas comenzó desde 1750, cuando se limitó su

acceso a lo que se conocería como la burocracia real,¹ puesto que se creía que aquellos que componían el aparato gubernamental debían ser españoles para garantizar la lealtad hacia la Corona, pues se temía a las traiciones por parte de los criollos y mestizos, por lo que esta primera transformación trataría de eliminar las falsías.

El régimen virreinal de la Nueva España, desde su fundación, debe entenderse como autónomo hasta que llegó la dinastía borbónica en 1714. Esta idea de autogobernarse se convirtió en un problema para la Corona, de ahí que se quisiera limitar las acciones de los nacidos en el virreinato. Lejos de serles grato esta determinación, los criollos y mestizos la consideraron una afrenta y una discriminación la exclusión del gobierno de la metrópoli pues ellos eran los que generaban la riqueza que disfrutaba España.

¹ Para conocer más del tema véase Dewitt Samuel Chandler y Mark A. Burkholder, *De la impotencia a la autoridad*, México, FCE, 1980.

Este proceder generó un sentimiento en contra de la Corona por parte de los criollos y los mestizos al ser desplazados e ir en contra del autogobierno al que estaban acostumbrados, ya que desde el siglo XVI fueron formando sus redes políticas, comerciales y económicas, un entramado social que se construyó paulatinamente y que se detuvo o, al menos, perdió su razón de ser en este periodo. La nobleza americana, como una aristocracia similar a la establecida en España, aunque con diferencias, trataba de entrelazarse al tejido social local y exigía ciertas características que no eran fáciles de conjuntar por los individuos que pretendieran acceder a este estamento.

Uno de esos mecanismos era a través de la fundación de linajes que tuvieran al menos un personaje relevante en la conquista de las tierras recién descubiertas. Los linajes eran grupos nobiliarios que venían desde la Baja Edad Media y cristalizaban sus relaciones de parentesco como estructuras de

poder que buscaban afianzarse y proyectarse como manifestaciones de posicionamiento dentro de la sociedad. Un linaje se fundamentaba “en la conciencia interna de su pertenencia a estructuras familiares” que se perfeccionaba con el prestigio de los vínculos establecidos que se fortalecían a través de la figura del mayorazgo.²

José María Portillo Valdés³ menciona que los ministros españoles pensaron que en la centuria decimonónica las cosas tenían que cambiar, pues se debían adaptar a las circunstancias como estaba haciéndose en otros países; por consiguiente, se debía continuar la reorganización de la monarquía

² María Estela González de Fauvre, Isabel las Heras y Patricia de Forteza, “Simbología del poder en un linaje castellano: los descendientes de Pedro I excluidos de la línea sucesoria” en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Historia de España, enero-diciembre 2003, vol. 78, pp. 47-65.

³ José María Portillo Valdés, “Monarquía, imperio y nación: experiencias en el Atlántico hispano en el momento de la crisis hispana” en Antonio Annino (coord.), *La revolución novohispana, 1808-1821*, México, FCE, 2010, p. 135.

hispanica que se venía realizando desde Carlos III, pues bien sabía que si no se “modernizaban” se quedarían atrás con respecto a sus enemigos y esta actualización se debía basar en el comercio y su liberación, tanto en América continental como en la península. En ese reajuste también se incluía la parte social, que se ha mencionado en líneas arriba, a los españoles americanos se les reconocería como peninsulares, además de regularizar a los criollos, dejando de lado a los otros súbditos americanos: indígenas y mestizos. Francisco Xavier Clavijero asumía que la división de la sociedad ya había sido superada y que esta era aceptada por la Corona española. El jesuita estaba errado, si bien habría rescatado a la *Historia antigua de México*, esto no era suficiente para borrar los estamentos establecidos. Pero, igualmente, los sucesos de Bayona en 1808 revelaron dos sentimientos muy distintos y diferenciados en el virreinato novohispano: por un lado se mostró una parte de la sociedad que se

identificaba con la metrópoli, posiblemente para defender sus privilegios; igualmente, surgió un sentimiento patriótico atípico que no se identificaba con lo establecido y que buscaba una emancipación de la patria novohispana que le era ajena a las autoridades del virreinato.⁴

Muchos de estos personajes que no se identificaron con la opción de establecer una Suprema Junta Gubernativa que defendiera de manera independiente a esta porción de América por pensar que se traicionaba al régimen, despertaron “una reflexión obligada sobre lo que era Nueva España para enfrentar los cambios que la Corona promovía y que afectaban medularmente las formas de gobernar hasta entonces practicadas”.⁵

⁴ *Ibídem*, pp. 139-164.

⁵ Beatriz Rojas, *Documentos para el estudio de la cultura política de la transición: Juras, poderes e instrucciones. Nueva España y la Capitanía General de Guatemala. 1808-1820*, México, Instituto Mora, 2005, p. 23.

Así, muchos de los habitantes novohispanos se sumaron a la revuelta iniciada por Miguel Hidalgo y Costilla, el padre de la Patria, porque sabían que el sistema que se estaba imponiendo desde España los afectaba, además de que comenzaban a sentirse diferentes, con una identidad americana que los distinguía de aquellos que los gobernaban.

Es por ello que este libro se dedica a visualizar a aquellas heroínas y héroes que para muchos de nosotros son anónimos; sin embargo, contribuyeron desde su trinchera a lograr un México independiente. Se tiene una deuda impagable con ellas y con ellos, pues se atrevieron a luchar; por consiguiente es necesario, y una obligación, rescatar sus historias, identidades y conocer el cómo colaboraron a la fundación de una nación libre.



MARÍA TOMASA ESTÉVES Y SALAS

*La Friné mexicana, la seductora
del ejército realista*

En Salamanca, Guanajuato, el 27 de febrero de 1778, nació María Tomasa Estéves y Salas, aunque algunos escriben sus apellidos como Estévez y Sala. Su familia era de origen humilde. Hija de José Estéves y de doña María Encarnación Sala, fue bautizada por

el bachiller Ignacio Alvis (sic), sus padrinos fueron Santiago Joaquín y María Gertrudis.

Al quedar huérfana de padre, María Tomasa y su madre trabajaron duramente para poder conseguir el alimento y sustento diario. A ella se le conoce con el sobrenombre de La Friné mexicana, debido a que su belleza quitaba la respiración de quien la veía, tal como la diosa hetaira griega Mnésareté, más conocida como Friné, quien era célebre por su hermosura, nacida en Tespias, ciudad a orillas del golfo de Crisa, Grecia, en el año 371 a. C.

María Tomasa Estévez y Salas se unió al levantamiento del cura Miguel Hidalgo y Costilla desde los primeros días, aparentemente doliente por el asesinato de su marido, cuyo nombre desconocemos, aunque se sabe que obedecía al apellido de Cadena y que era subteniente de las huestes de Epitacio Sánchez.

Consciente de su belleza y sus atractivas formas de cuerpo, se dedicó a seducir

a la tropa realista, convirtiéndose en una especie de Mata-Hari salamantina. Así, muchos integrantes realistas se pasaron a las fuerzas insurgentes, pues la hermosa y enigmática dama los convencía de que abandonaran las filas del Rey y se pasaran con sus paisanos, quienes defendían la independencia y la libertad del entonces virreinato novohispano. También María Tomasa sirvió como mensajera entre las diferentes divisiones rebeldes y sus líderes.

El entonces coronel Agustín de Iturbide, quien sustituyó al virrey Félix María Calleja como comandante en el Bajío y que había establecido en Irapuato su cuartel general, se enteró de los trabajos que realizaba María Tomasa, por lo que tomó como tarea personal el perseguirla por todos lados, hasta que logró aprehenderla.

En su diario militar, Agustín de Iturbide detalló que el viernes 5 de agosto de 1814, en Salamanca, fueron pasados por las armas

tres reos detenidos en el pueblo de Valtierra. Se dice que alguno de ellos declaró antes de ser fusilado quién era aquella mujer de la vecindad de Salamanca, y que sí, en efecto, era una de las causantes de las bajas entre los integrantes de su ejército, quienes siguiendo su belleza acababan en el bando contrario o desertaban. Así que Iturbide tomó la encomienda de encontrarla y apresarla. Cuando finalmente la atrapó escribió:

[...] considerablemente se ha verificado en el mes anterior, después de aprehendida y sustanciada la causa, mandé que se pusiese en capilla para que se le aplique la pena ordinaria, en castigo de tan enormes delitos y para escarmiento.

Martes 9 [agosto de 1814]. Fue pasada por las armas la mujer seductora, cuya cabeza se ha puesto en la plaza pública. Y todavía informo de ella el propio Iturbide: [fue] fusilada María Tomasa Estévez, comisionada para seducir a la tropa, y habría sacado mucho fruto por su belleza, a

no ser tan acendrado, el patriotismo de nuestros soldados [...].⁶

María Tomasa Estéves y Salas pidió sus últimos tres deseos antes de morir: el primero fue que se le prendieran alfileres en la falda para que al caer muerta no se le levantara y tuviera una caída decorosa; el segundo fue que no le dispararan al rostro, para no deformar sus facciones; y el tercero, que le vendarán los ojos.

Fue fusilada en la calle Lerma, donde hoy se localiza la capellanía notarial.



⁶ “Tomasa Esteves y Salas *La Friné Mexicana*” en El Kiosko de la historia, 27 de febrero de 2020, [<https://bit.ly/3tBh168> consulta hecha el 12 de abril de 2021]



LEONARDO BRAVO

*La negociación fallida de Morelos y
su dolorosa muerte*

Nació en 1764 en Chilpancingo, Guerrero. Cabe mencionar, para fines independentistas, que ese mismo año nació don José Gervasio Artigas, el padre del Uruguay liberado de los españoles, cuyas ideas no estaban tan alejadas de las nuestras: soberanía

popular, igualdad para todos, reparto justo de las tierras, independencia de toda opresión extranjera y la protección de las artes e industrias nacionales frente a los productos extranjeros.

El niño Leonardo Bravo fue miembro de una acomodada familia española. Creció cerca del campanario, en compañía de sus hermanos Miguel, Víctor, Máximo, Casimiro, y de la esposa e hijo de este último. Vivían del campo en la ciudad, y atendía a sol y sombra la Hacienda de Chichihualco, que era la propiedad más importante de la familia. Aunque en ese momento ninguno de los Bravo se unió abiertamente al alzamiento del cura Hidalgo, son mal vistos por las autoridades realistas de Chilpancingo, por lo que se fueron a vivir a la Hacienda Chichihualco, donde tenían que refugiarse en las cuevas inaccesibles de Michapa, que conocían perfectamente.

En 1811 llegó a la región el comandante Garrote con la instrucción de apresar a

los Bravo por estar supuestamente afiliados a la causa, esto los forzó a sumarse a los independentistas.

Junto con Hermenegildo Galeana, brazo derecho de Morelos, los hermanos Bravo lograron reunir un contingente considerable de hombres fuertes, disciplinados y diestros en el manejo de las armas, todos ellos de la región de Tecpan y Tuxtla, por lo que llegó a la hacienda una petición firmada nada menos por José María Morelos y Pavón pidiendo que se unieran a su ejército.

Ya en campaña con Morelos, Leonardo Bravo ayudó a derrotar al comandante Garrote para ocupar Chilpancingo, Tuxtla y Chilapa.

El mismo Morelos encargó a Bravo castigar a traidores y también le encomendó la administración de la provincia de Techan, que acababa de fundar. Leonardo se ocupó de buscar cuevas de salitre, de construir sacos y útiles de guerra, reparar y cuidar armamentos, expedir pasaportes, etc. Más tarde, otra vez Morelos ordenó a Leonardo

el mando de una división y la defensa de Izúcar, donde el 17 de diciembre de 1811 fue atacado por el realista Soto, a quien derrotó por completo.

El 25 de diciembre, Bravo ayudó a ocupar Cuautla. Él mismo, junto con sus hombres, cavó trincheras, consiguió víveres, instruyó a la gente y adoptó las medidas necesarias para defender la plaza o para que los insurgentes tuviesen un refugio en caso de que fueran derrotados en la expedición de Tenecingo y Cuernavaca, ambos pueblos ocupados por realistas. Así fue como comenzó el sitio de los realistas en febrero de 1812. Leonardo Bravo defendió la posición de Santo Domingo, resistió y resistió, hasta que sus hombres rompieron el cerco realista impuesto por Calleja y pudieron salir de la ciudad. Junto con el Teniente Coronel Manuel Sosa, Mariano Piedras y veinte hombres mal armados, marchó a la Hacienda de San Gabriel, con el objeto de alojarse allí y pasar la noche.

En ese lugar, los realistas dirigidos por un filipino feroz los atacaron cuando estaban comiendo; los insurgentes se batieron, pero fueron dominados y aprehendidos. Los presos fueron llevados a Tilzapotla, donde Armijo los recogió y condujo a Cuautla; de ahí fueron remitidos a la capital para ser juzgados.

El juicio de Leonardo Bravo fue lento y tardó mucho. Se le ofrecía el indulto si además de negar la causa rebelde convencía a sus hermanos de entregar las armas a los realistas. El mismo Morelos escribió al virrey personalmente proponiéndole el canje de Leonardo por 800 prisioneros que tenía en diferentes lugares, proposición a la que nunca contestaron.

Leonardo Bravo, Piedras y Pérez, sufrieron la pena de garrote vil (procedimiento para ejecutar a un condenado comprimiéndole la garganta con una soga retorcida con un palo, con un aro metálico u oprimiéndole la nuca con un tornillo) en la calzada de

Egido, en la capital mexicana, el 13 de septiembre de 1812. Bravo dio pruebas de gran firmeza en sus últimos momentos, como las había dado también de valor en campaña, especialmente en el sitio de Cuautla.





Centro de Tixtla, Guerrero

ANTONINA GUEVARA

*La disyuntiva entre su familia
paterna y su familia insurgente*

María Guadalupe Antonieta Guevara y Muñiz Leyva fue la hija de Joaquín de Guevara y Leonor de Leyva, su fecha de nacimiento se calcula hacia 1785 en la región de Tixtla, Guerrero.

Su padre, don Joaquín Guevara, fue el subteniente del ejército realista y vivió un tiempo en Chilpancingo antes de trasladarse a Tixtla. En esta población se instalaron en una casa localizada en el sur de la plaza principal del pueblo, donde se crió Antonina en el seno de una familia distinguida y de buena posición, pues sus contactos permitieron a su padre tener múltiples negocios exitosos.

Antonina conoció a la familia de Leonardo Bravo, que era dueña de la famosa Hacienda de Chichihualco. En ese hermoso lugar también conoció al hijo de Leonardo, Nicolás Bravo Rueda. ¡Amor a primera vista!, y después de una relación sentimental de ensueño, aquello terminó en boda, en 1800.

Cuando estalló el movimiento independentista, el padre de Antonina quiso que el orden establecido se respetara y se lanzó en pos de acabar con el movimiento rebelde. Esta postura puso a Antonina entre la espada y la pared: renunciar a su familia paterna que

era realista en su totalidad. Pues su hermana Gertrudis se casó con el comandante José Gabriel Armijo, quien andaba persiguiendo a la tropa suriana. Si decidía abandonar a su marido era comprensible, pues podría ser aceptada nuevamente en la casa paterna y no se vería mal, pues renunciaba a una familia que a pesar de tener negocios, no compartían los mismos ideales.

Joaquín Guevara fue fiel a su causa realista y se preparó para recibir y combatir a las fuerzas dirigidas por Morelos, con la mira de ganar distinciones y ser premiado por el mismísimo virrey. Pero no fue así, ya que fue derrotado y obligado a huir a la Ciudad de México.

Los Bravo decidieron unirse a las fuerzas insurgentes, esto implicó que Antonina tuvo que ser valiente y tomar una decisión que le costaría su estabilidad en todos los ámbitos y también arriesgarse a ser perseguida, fusilada y metida en un convento. Ella se mantuvo firme y fiel a su marido Nicolás Bravo

y a la causa. De ahí que hay que destacar su valor, pues para esa época no era tan fácil estar del bando insurrecto, soportar las continuas separaciones de su esposo o huir constantemente junto con el cura José María Morelos y Pavón.

Cuando fue aprehendido Leonardo, patriarca de la familia Bravo Rueda, se sabe que Nicolás Bravo tuvo largas charlas con su madre, Gertrudis Rueda, y su esposa Antonina, para decidir si accedían a la petición del comandante Félix María Calleja y del virrey Francisco Xavier Venegas: que consistía en abandonar la lucha y a las fuerzas insurgentes o rechazar ambas por completo. A cambio, recibirían el perdón total, y sus tierras y posesiones serían respetadas. Además de las pláticas con las dos mujeres más importantes de su vida, Nicolás acudió con los hermanos de su padre: sus tíos Víctor, Máximo, Miguel y Casimiro. La familia Bravo decidió que no accedería a las peticiones realistas y que se defenderían hasta la muerte.

Gertrudis Bravo y Antonina Guevara partieron a la Ciudad de México con la esperanza de que funcionara el trato de intercambio de presos ofrecido por Morelos de dejar en libertad a españoles presos. El virrey Venegas decidió no acceder y ejecutó a Leonardo Bravo. Con la noticia de la muerte de su esposo, Gertrudis y su nuera regresaron a Chilpancingo, pues ya no tenían nada que hacer en la capital del virreinato.

Entre todas las vicisitudes que esto conllevaba, Nicolás Bravo acudía de repente a ver su familia, si bien no tardaba en regresar al frente de batalla, desde donde escribía continuamente a su amada Antonina, y en cada una de sus misivas enviadas desde la clandestinidad siempre se despedía de ella en tono cariñoso.

Terminada la Independencia, la familia Bravo Guevara siguió viviendo con muchos sobresaltos, pues en el país reinaba una incertidumbre constante. Antonina Guevara y su esposo, el general Nicolás Bravo, murieron

el 27 de abril de 1854 en Chilpancingo, al parecer ambos fueron envenenados.





JOSÉ PABLO CALVILLO

*El sacerdote general de los indígenas
de Nueva Galicia*

José Pablo Calvillo se desempeñó como párroco en el norte de la Nueva Galicia (formada por lo que hoy es el estado de Jalisco), a principios del siglo XIX, y dirigió a varios habitantes indígenas de la región de Colotlán, en abierta rebelión contra los

españoles durante la guerra de Independencia de México.

Calvillo nació en 1763 en el Valle de Huejúcar, hoy parte de Aguascalientes, que en honor al héroe patrio se llama Calvillo. Fue educado en el Seminario de Guadalajara y se ordenó como sacerdote por el Obispo Don Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, en 1797. Sirvió en varias parroquias de la Arquidiócesis de Guadalajara, incluyendo Juchipila, Hacienda de San Jacinto, Ojocaliente, Tepechitlán y Colotlán (sirvió como párroco de esta última parroquia mientras habitaba el pueblo de Huejúcar).

Por razones de salud, se mudó temporalmente a vivir en la ciudad de Aguascalientes. Fue ahí que, en 1809, mientras estaba en el poblado de Jesús María, se enteró del levantamiento en Dolores Hidalgo y sin dudar se unió al esfuerzo. Fue uno de los primeros, más entusiastas y decididos partidarios de la causa de Independencia, cuya participación

podía ser espontánea o por órdenes de los altos mandos rebeldes.

Lideró un grupo de experimentados arqueros indígenas en Colotlán, Jalisco, con la ayuda del gobernador del barrio de Tlaxcala, Marcos Escobedo. A fines de septiembre de 1810, el grupo se organizó en su casa de Colotlán y se lanzó a invadir y ocupar importantes edificios del gobierno español, capturando a 30 españoles, que fueron enviados a Zacatecas como prisioneros.

Finalmente, y de manera increíble, el padre Calvillo formó un ejército de 5,000 arqueros indígenas de Colotlán y los pueblos indígenas circundantes, por lo que el mismo Miguel Hidalgo le otorgó el título de mariscal de campo.

Calvillo y sus tropas participaron en la batalla del Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811, donde perdió gran parte de sus tropas. Esta batalla, librada a unos 30 kilómetros de Guadalajara, fue una desastrosa y penosa derrota para los insurgentes,

que pese a ser 100 mil en número, contra 7 mil 500 realistas, no supieron organizarse y atacaron mal preparados y mal armados en verdaderas hordas sin control, bajo un mando desquebrajado (Hidalgo y los suyos se habían peleado entre ellos), poco experimentado y que no supo qué hacer. La victoria de las tropas realistas en la batalla del Puente de Calderón puso fin a la insurgencia del cura Hidalgo —que poco después fue capturado y fusilado—, y constituyó el último episodio bélico de la primera etapa de la Independencia de México.

Luego de que los líderes más destacados de la insurgencia iniciaran su retirada hacia la frontera con Estados Unidos, Calvillo siguió combatiendo en la región de Zacatecas. El sacerdote de Santa Cruz, José Francisco Álvarez, jefe de las fuerzas realistas, recibió la orden de perseguir a Calvillo. Las fuerzas de los dos sacerdotes se enfrentaron en marzo de 1811 en las cercanías de Colotlán. Calvillo salió victorioso, lo que obligó

a Álvarez a retirar sus tropas a Jerez, Zacatecas. Poco después, el brigadier Pedro Celestino Negrete lanzó un fiero ataque contra la base de operaciones de Calvillo, en Colotlán, derrotó a los insurgentes y tomó el control de la ciudad.

Calvillo y sus aliados organizaron un levantamiento en la localidad en mayo de 1811 y, en agosto de 1812, condujo sus tropas junto a las de García Ramos, Miramontes y Oropeza, para tomar el control de las ciudades de Hermosillo y Aguascalientes.

Esta parece haber sido la última acción militar del cura Calvillo antes de retirarse al desierto en la Sierra de Tayahua, desde donde continuó padeciendo problemas de salud mientras intentaba obtener el indulto de las autoridades civiles y eclesiásticas.

Murió de causas naturales en la ciudad de Zacatecas.

En abril de 1816 la Iglesia católica le levantó la sanción impuesta y lo volvió a reconocer como sacerdote. El Congreso del

Estado de Aguascalientes, para honrar su memoria, dio el nombre de Calvillo a la Villa de Huejúcar, donde nació y fue párroco aquel virtuoso héroe de la Independencia.





MARÍA LUISA MARTÍNEZ DE GARCÍA ROJAS

*Ser una insurgente en la villa
realista de Erongarícuaro*

María Luisa Martínez nació en la localidad de Erongarícuaro, provincia de Valladolid, hoy Michoacán de Ocampo. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, se piensa que fue en 1780.

Al inicio de la guerra de Independencia y a pesar de que vivía en una villa que se caracterizaba por ser realista, María Luisa decidió que el unirse a la rebelión no solo era una obligación, sino un deber para defender a su patria.

Cuando se casó con Esteban García Rojas, adquirió los apellidos de su marido; de ahí que se le conoce con el nombre completo de María Luisa Martínez de García Rojas. Su cónyuge era un artesano que se dedicaba a la fabricación de jaranas, ese bello instrumento musical de cuerda pulsada y rasgueada, parecido a la guitarra, usado comúnmente en los sones veracruzanos.

Además de la construcción y venta artesanal de jaranas, la familia se dedicaba al comercio. Tenían una tienda de abarrotes y algunas tierras para el cultivo; en fin, una vida tranquila y productiva basada en el amor por el trabajo siendo vecinos de Erongarícuaro, pueblo colindante con el hermoso lago de Pátzcuaro.

Sin embargo, y en secreto, María Luisa comenzó a colaborar con los insurgentes, sirviendo de mensajera entre las guerrillas de la región. Además, proporcionaba alimentos, dinero y trataba de satisfacer cuantas necesidades se requirieran para seguir la lucha en los diferentes frentes.

No tardó en que su rebeldía fuera notada por los realistas de la región Michoacana, en particular por el general Pedro Celestino Negrete, quien la interceptó en una de las diligencias en la que se encontraba para entregar documentación secreta a Tomás Pacheco. María Luisa trató de huir, pero finalmente fue atrapada y encarcelada. Fue liberada después de un tiempo con el pago de dos mil pesos.

Como era de esperarse, María Luisa no aprendió la lección, pues siguió con sus actividades insurrectas, al ayudar y apoyar a los insurgentes. Nuevamente fue encarcelada y condenada a pagar la misma cantidad, pero sobre todo, obligada a prometer que

abandonaría sus actividades subversivas, cosa que hizo con tal de conseguir su liberación, aunque en realidad no tardó en volver a hacer de las suyas.

Pareciera broma, pero fue detenida por tercera ocasión. Esta vez no la dejarían libre si no pagaba la cantidad de mil pesos, lo que ella y su familia lograron juntar y con lo que se evitó su ejecución ya dictada. Por un corto periodo, María Luisa Martínez de García Rojas se puso en paz, esperando a que la vigilancia que tenía sobre ella se redujera, para pronto comenzar de nuevo sus labores clandestinas.

Así que no tardó mucho en volver a las andadas. En febrero de 1817 fue detenida por cuarta ocasión. Al principio se decidió que la multa impuesta fuera mayor a las anteriores, alcanzando el monto de cuatro mil pesos. Esta cantidad fue imposible de conseguir por la familia de María Luisa Martínez de García Rojas, por lo que su suerte terminó en el dictamen de una sentencia de

muerte declarada por el general que a lo largo del tiempo la había perseguido: Pedro Celestino Negrete.

Ante el paredón, María Luisa le dijo a su verdugo:

General Negrete, le perdono el crimen de quitarme la vida; no he cometido más delito que querer una patria libre.

¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho a hacer cuanto pueda en favor con mi conducta, sino cumplir con mi deber.⁷

Se dice que antes de que el escuadrón abriera fuego gritó con todas las fuerzas que sus pulmones le dieron: “¡Como mexicana tengo el derecho de defender a mi patria!”, y así, las balas acabaron con la vida de esta mujer revolucionaria a los 37 años.

⁷ Ana Belén García López, *Las heroínas silenciadas en las independencias hispanoamericanas*, Barcelona: Megustaescribir, 2016, pnt. 368. [Ebook]



BERNARDO GUTIÉRREZ DE LARA

*El tamaulipeco que azotó
el septentrión*

Apodado “el Huacal”, este orgulloso indio de raza pura, originario de Tula, Tamaulipas, fue uno de los guerrilleros más notables en el norte del México en los inicios de la guerra de Independencia.

Desde que Carrasco y Mireles ocuparon Saltillo, Bernardo Gutiérrez de Lara decidió unírseles, pagando de su propio bolso a 200 hombres. Llegó a entrevistarse con el cura Hidalgo y Allende, quienes lo hicieron teniente coronel y le dieron la orden de asolar a sol y sombra a los escasos grupos realistas que estaban en aquella alejada región, cosa que cumplió a pie de letra.

En junio de 1811, al frente de un grupo de 300 hombres, Gutiérrez de Lara ocupó Matehuala durante varios días y aumentó su ejército a 700. Sin embargo, sus hombres carecían de orden, por lo que a su paso cometían cualquier tipo de ultrajes, robos y desmanes sin consideración, por lo que la población corría despavorida a esconderse donde podía.

No tardaron en enfrentarse nuevamente a los realistas, que querían recuperar la plaza de Matehuala. A finales de junio, estos lograron dispersar las fuerzas de Gutiérrez de Lara, mataron a más de 200 e hicieron

prisioneros a 169. Las familias que ya se veían despellejadas por las huestes de Gómez de Lara, sintieron un gran alivio cuando vieron al ejército realista entrar a la plaza.

Mientras tanto, el Huacal huyó hacia Palmillas. Por supuesto, por el camino cometía robos y asesinatos a placer, hasta que se logró hacerle frente y perseguirlo rumbo a la sierra, en las inmediaciones de San Luis Potosí.

Una vez reagrupado, se integró al movimiento rebelde del padre Pedroza, Tomás Baltierra, Landaverde, Guadiana, Botello y otros cabecillas. Bernardo y su grupo se sumaron a los insurgentes que libraron batallas en Celaya, San Miguel y en el cerro de la Cruz. Sin embargo, a principios de noviembre fueron duramente atacados por el realista don Francisco Guizarnótegui en un punto llamado La Cabada, donde fueron derrotados y tuvieron más de 300 muertos.

Días después, el Huacal logró entrar con tan solo 40 hombres en San Miguel el Grande, con el propósito de sublevar al pueblo

para que se uniera a sus fuerzas y obtener armas, municiones y recursos. En el pueblo solo encontró a un español, don Vicente Malo, a quien llevó a prisión y más tarde fusiló personalmente. Después se dirigió al convento a saquearlo y a tratar de aprisionar al cura, pero éste ya había puesto una gran distancia entre ellos. Como los soldados del Huacal se la pasaban de pachanga y estaban pésimamente organizados, la gente del lugar, dirigida por el delegado Miguel María Malo, logró hacer con sigilo un pequeño ejército bien armado. Con el factor sorpresa a su favor, atacaron a los desprevenidos fiesteros, quienes no opusieron resistencia, unos huyeron y otros quedaron prisioneros.

El Huacal, echando lumbre por la nariz y la boca, intentó atacar con furia a los sublevados, pero se encontró con que hasta los niños, las mujeres y los ancianos del pueblo participaban en su contra aventándole piedras y lo que encontraban a su paso. Gómez de Lara no llegó lejos y al poco tiempo

de una batalla desde el principio perdida, fue apresado por los amotinados.

Gutiérrez de Lara y su segundo al mando, José Dolores Mireles, fueron capturados y fusilados lo más rápido posible, la noche del 18 de noviembre de 1811.





MARÍA MANUELA MEDINA

*La Capitana: la mujer que caminó
más de 100 leguas para
conocer a Morelos*

Se sabe que su nombre era María Manuela, de lo que no se tiene certeza es de sus apellidos, ni dónde o cuándo nació. Algunos mencionan que su apellido era Molina, otros que nació en el pueblo de Texcoco.

Unos cuantos más refieren que era una cacique de Taxco.

Existen verdaderas lagunas de información sobre esta gran mujer, pero tenemos ciertos indicios y testimonios de su vida. Uno de estos se plasmó en el *Diario de la Expedición del señor Morelos de Oaxaca a Acapulco del 9 de febrero al 18 de abril*, correspondiente al año de 1813. En esta obra se lee:

Día 9 [abril]. -No se ha oído hoy fuego alguno. Llegó doña María Manuela Molina, india natural de Taxco, [la] Capitana titulada por la Suprema Junta. Esta mujer, [ha] llevado el fuego sagrado que inspira el amor a la Patria, comenzó a hacer varios servicios a la Nación, hasta llegar a acreditar y levantar su compañía. Se ha hallado en 7 batallas y entusiasmada con el gran concepto que al señor general le han acarreado sus victorias, hizo viaje de más de 100 leguas para conocerlo, expresando después de lograrlo, que ya moriría gustosa, aunque la despedazara una bomba de

Acapulco ¡Ojalá que la décima parte de los americanos tuviera los mismos sentimientos!⁸

María Manuela Medina o Molina, La Capitana, mereció el grado desde los primeros meses de 1813, cuando combatió al lado del cura José María Morelos y Pavón durante la ocupación del puerto de Acapulco, reyerta que se consumó el 13 de abril de ese mismo año, terminando con la rendición del Castillo de San Diego, el 20 de agosto del propio año.

Por la valentía demostrada, la Junta Suprema de Zitácuaro, que estaba establecida en la plaza de Sultepec, decidió otorgarle el grado de Capitana. Así, María Manuela se dedicó a seguir la lucha. Organizó un frente que tuvo varios triunfos sobre las tropas realistas y aunque ella nunca buscó fama

⁸ Ángeles González Gamio, “Mujeres valerosas de ayer y hoy” en *La Jornada*, 7 de marzo de 2021. [<https://bit.ly/3aoEKPA> consulta hecha 19 de abril de 2021] Joaquín Nepomuncento Rosains, *Relación Histórica de lo acontecido al Lic. Don Juan Nepomuceno Rosains como Insurgente*, Puebla, Imprenta Nacional, 1823, 18 p.

y reconocimiento, sí se sabe que rechazó el indulto ofrecido por el virrey don Juan Ruiz de Apodaca, que desde que llegó al poder estimulaba y fomentaba esta acción en voz del comandante del sur, José Gabriel Armijo.

Se sabe que, lograda la Independencia, María Manuela se abstuvo de acercarse a la figura de Agustín de Iturbide, que como muchos otros insurgentes estaban ávidos de colaborar con el Ejército Trigarante para un puesto político y de otra índole, no la Capitana, quien en vez de ir a buscar “el hueso”, prefirió retirarse a su humilde casa de Texcoco.

Debido a las heridas sufridas en combate, en especial la que recibió de una lanza realista, María Manuela tuvo que estar mucho tiempo en cama. Esta lesión la mantuvo por más de un año y medio entre la vida y la muerte.

Sin saber más de ella, al morir la Capitana, México perdió una mujer excepcional,

de las que dejaron todo para combatir por un ideal: liberar a su nación y darle patria a los miles y miles de hombres descastados. Hasta ahora, muy pocos reconocen la labor de esta guerrera, y es necesario reconstruir y propagar su historia. Se sabe que el mismo Morelos llegó a comentar sobre La Capitana: “Dio con renunciación suprema, su sangre y su vida por la Patria”. Su deceso ocurrió el 2 de marzo de 1822 en Texcoco.





Mezquite de la Hacienda de la Erre, Guanajuato, donde el cura Hidalgo celebró la primera misa de la guerra de Independencia.

LUIS MALO

El que se subió al tren de la guerra de la Independencia

El 16 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo y Costilla y su gente se pusieron en marcha. A su paso se sumaban cientos de cristianos de todo tipo, desde el campesino humilde, hasta el hijo de familia acaudalada. Hacia el mediodía, Hidalgo y

su equipo decidieron hacer una parada en la Hacienda de la Erre, con la finalidad de sostener una junta y organizar al creciente número de adeptos al movimiento independentista. Se dice que comieron en la sala de la finca y que, una vez terminada la comida, ya con su Primer Estado Mayor del Ejército Insurgente formado, Hidalgo dio la orden de ponerse en marcha rumbo a Atotonilco: “Adelante, señores, vámonos; ya se le ha puesto el cascabel al gato, falta ver quienes son los que sobramos”.

Ese día se encontraba en la escena un hombre que vivía y trabaja en la Hacienda de la Erre: Luis Malo, vecino de San Miguel el Grande. Malo ya estaba subido al tren de la Independencia. Había participado en algunas reuniones que los primeros conspiradores hicieron secretamente en la casa del acaudalado comerciante español, don Domingo Allende, padre de Ignacio, y también había contribuido con dinero a la causa naciente. Por lo mismo, no fue sorpresa que

Luis decidiera dejarlo todo para seguir la bandera insurgente. Se trataba de un joven comprometido y decidido, pero también justo y de buen corazón, como lo demostró al salvarle la vida a su patrón, el español encargado de la Hacienda de la Erre, un hombre de apellido Peniche. Gracias a Malo, Allende lo dejó en libertad.

En las primeras escaramuzas que se dieron, Malo demostró destreza tanto militar como de liderazgo, por lo que no tardó en ganarse la confianza de sus jefes y en subir de grado militar rápidamente. Así, lo vemos como teniente coronel peleando en la batalla de Guanajuato, a finales de noviembre de 1810, combate donde, cabe mencionar, a la turba insurgente enardecida no le importó que más de 300 españoles (ancianos, hombres, mujeres y niños que estaban refugiados en la Alhóndiga de Granaditas) ya se hubieran rendido, y sin mostrar misericordia los pasaron a cuchillo, garrote y machete. Aquello fue una escena infernal donde las

paredes estaban empapadas de la sangre y las vísceras de las víctimas. La furia del ejército insurgente no cesó, y durante tres días seguidos continuaron con la carnicería en el resto de la ciudad. Hidalgo, al ver el escenario de muerte frente a sus ojos, se horrorizó y comenzó a dudar sobre si continuar o no con su misión. Quizás esto fue lo que, más adelante, le hizo no querer tomar la Ciudad de México, con lo que perdió su gran oportunidad de terminar con el conflicto y liberar al país de una vez por todas.

Con los principales jefes de la insurgencia, Luis Malo pasó a San Felipe y de ahí a Ojuelos, Jalisco, donde fue designado para servir a las órdenes del coronel Mariano Jiménez en la campaña del Norte que se iba a emprender. Cuando el coronel Jiménez se enteró de la vergonzosa derrota de los líderes del movimiento insurgente en la batalla de Puente de Calderón (17 de enero de 1811), envió una escolta (entre la que estaba Luis Malo) para recibirlos en Matehuala. De ahí,

Luis acompañó personalmente a los héroes independientes hasta lo que sería el trágico desenlace para el movimiento independiente, cuando Ignacio Allende recibió la invitación de Ignacio Elizondo, oficial realista que se había pasado al bando insurgente, de detenerse en Acatita de Baján, Coahuila, para reabastecerse de agua. Elizondo prometió darles protección con sus tropas, pero los traicionó y les tendió una emboscada. Únicamente Allende trató de oponer algún tipo de resistencia, pero durante el intercambio de fuego murió su hijo, Indalecio; ante esto, él mismo se rindió, y fue puesto en prisión junto con Hidalgo, Aldama, Abasolo, Jiménez y otros muchos, entre ellos Luis Malo.

Por su grado militar, Luis Malo fue fusilado en Monclova los últimos días de marzo de 1811, casi sin formación de causa.



ALTAGRACIA MERCADO

*Mujeres como ella no deben morir:
la heroína de Huichapan*

Huichapan es uno de los 84 municipios que conforman el Estado de Hidalgo y que tiene como cabecera municipal el pueblo del mismo nombre. Durante la guerra de Independencia, esta región fue duramente asediada por los realistas, debido a la

importante actividad comercial de la zona, basada principalmente en la explotación de minerales, como la plata, oro u otras mercancías que por supuesto eran de gran ayuda para financiar la causa independiente.

En esta villa se sabe que nació una de las grandes heroínas de la guerra de Independencia mexicana, y que como muchas otras ha sido olvidada: Altagracia Mercado, de padres españoles que llegaron a poseer una de las haciendas más ricas de la localidad. Desgraciadamente, no contamos con mayores datos de su familia o cuál era la amplitud de sus tierras, ni sabemos bien su nombre completo, fecha de nacimiento o fallecimiento. Solo sabemos que el gran poder económico de su familia permitió que su hija se uniera a la causa independentista como militar, pues no solo integró un pequeño ejército, también se dedicó a diseñar estrategias que le llevaron a vencer repetidamente a los militares españoles.

El recibir la herencia familiar le permitió a Altagracia Mercado financiar por mucho tiempo a los insurgentes. Integró ella misma un batallón, el cual, cosa insólita para el tiempo, estaba formado por mujeres y hombres por igual. Este batallón se caracterizaba por su ferocidad, de tal manera que incluso a los mismos soldados realistas les asustaba. Se presume que la decisión de formar su propio ejército fue a raíz de la noticia que corrió por todo el virreinato, de la captura y muerte del cura Miguel Hidalgo y Costilla.

Este suceso provocó que Altagracia se lanzara a la guerra. En múltiples ocasiones venció a las tropas españolas. No obstante, el 24 de octubre de 1819, su columna fue derrotada. Se dice en la tradición oral que tan solo ella quedó en pie, y que, al verse sola, siguió combatiendo con la poca o mucha fuerza y firmeza que le quedaba. Sin embargo, finalmente fue derrotada.

Al capitán realista que estaba al frente durante esta batalla le impresionó tanto el verla

sola y derrotada que, en señal de respeto, ordenó a toda su tropa que bajaran las armas.

Como era de esperarse fue aprehendida y puesta en prisión. La valentía mostrada a sus contrarios, sus actos valerosos y su heroísmo le valió de argumento en su juicio, por lo que su sentencia no fue la muerte, como era normal proceder con los prisioneros rebeldes, quienes eran fusilados sin reclamo. Esto responde, entre otras cosas, a que por lo general las cárceles o fortines que servían de presido siempre estaban a su máxima capacidad, por lo que el mantener a la población costaba mucho dinero, siendo más fácil matarlos o, en el caso de presos de cierto rango, multarlos y quitarles sus posesiones, con lo cual se podía continuar con la lucha armada.

En el caso de la Capitana, se le perdonó la vida con el argumento de que “Mujeres como ella no deben morir”. Así, fue sentenciada a cuatro años de prisión y a realizar trabajos forzados en la Ciudad de México.

Sin embargo, este veredicto no llegaría a cumplirse, ya que para 1821 fue liberada, logrando ver a su país también liberado, situación que otras mujeres de su talante no pudieron ver.





JAVIER MINA

*El español idealista que viajó a México
y luchó por la libertad*

Hoy en día todavía se sigue insistiendo neciamente que el héroe de la Independencia Xavier Mina se llamaba Francisco Xavier Mina. Inclusive en alguna ocasión se acuñó una moneda con ese nombre. Gran error, pues el valiente se llamaba Martín

Xavier Mina Larrea. Quizás la equivocación viene de que un tío de él en España también fue un revoltoso de nombre, ese sí, Francisco Xavier Mina.

En fin, nuestro Martín Xavier Mina fue un guerrillero español que invirtió todo lo que tenía para venirse a México a pelear contra las tropas del rey de España y morir fusilado de espaldas, a la temprana edad de 28 años. Ya en su natal España había dado bastante lata haciéndole la guerrilla a las tropas francesas que ocupaban su país bajo el mando de Napoleón, hasta caer prisionero y ser encarcelado en un viejo castillo donde conoció a un experimentado militar francés que se hizo su amigo y le enseñó todas las artes de la guerra.

Mina escapó de la cárcel y se fue a vivir a Londres, entonces semillero de conspiradores de todo el mundo. Como era de esperarse, ahí conoció a muchos y varios pintos personajes que le afianzaron la idea de que, peleando en la Nueva España,

también peleaba contra el tirano rey Fernando VII.

Fue así que zarpó a la Nueva España, pasando por Estados Unidos. En Baltimore consiguió dinero y armas para la lucha. Entonces le acompañaban el propio Fray Servando Teresa de Mier y otros oficiales que tenían las mismas ideas de sacudirse el yugo fernandino. Mina estuvo brevemente en Haití, para de ahí marchar a Nueva Orleans, hasta llegar a Soto de la Marina, Tamaulipas, en abril de 1817, con tres buques: el Cleopatra, el Neptuno y el animosamente llamado Congreso Mexicano. En ese lugar se puso en contacto con los grupos insurgentes mediante un manifiesto, exhortando a los pueblos a liberarse del rey Fernando VII y liberar de una vez por todas al país.

Se internó al país con poco más de 300 hombres. Entró en la villa de Horcasitas y tomó 700 caballos que estaban destinados a los realistas, con lo que montó toda su tropa. Inmediatamente se mandaron fuerzas

para combatirlo; sin embargo, en junio de 1817 derrotó en Valle del Maíz al capitán Villaseñor, después a Peotillas y más tarde tomó a Real de Pinos, para unirse a la partida insurgente que entró al Fuerte del Sombrero, defendido por el insurgente Pedro Moreno. Mientras tanto, en Soto la Marina fueron derrotados los soldados que dejó en guarnición, entre ellos Fray Servando Teresa de Mier.

Siguió peleando en numerosos lugares hasta que, desalentado por la indisciplina de sus tropas, marchó a Jautilla, donde estaba la Junta de Gobierno. Mina identificaba la lucha de los independentistas con el combate al absolutismo. Sin embargo, en México, los insurgentes ya no luchaban por la vieja Constitución de Cádiz, sino por sus propios intereses, por lo que no fue raro que su iniciativa despertara la desconfianza de algunos de sus colaboradores.

La expedición de Mina no duró mucho, pues cayó prisionero en octubre de 1817, en

el rancho del Venadito, cerca de Silao, Guanajuato. Fue fusilado el 11 de noviembre del mismo año.

La verdad sea dicha, Martín Xavier Mina llegó cuando la guerra de Independencia estaba en su último periodo. Sin recibir los auxilios que le habían prometido, y visto con desconfianza por los mismos insurgentes, luchó con fidelidad férrea por sus principios contra viento y marea. Todavía por medio de sus triunfos llegó a penetrar hasta el corazón del país, haciéndole sudar la gota gorda al virrey, y aunque su expedición forma un episodio corto, fue de los hechos más brillantes de la guerra de Independencia.





**MARÍA JOSEFA CRESCENCIA ORTIZ
TÉLLEZ-GIRÓN DE DOMÍNGUEZ**

*La voz desde el silencio
que marcó a un país*

En Valladolid, hoy Morelia, Michoacán, el 8 de septiembre de 1768 nació una niña que cambió el rumbo del virreinato más rico que poseía España. Esta pequeña fue llamada María Josefa Crescencia Ortiz

Téllez-Girón. Sus padres fueron el capitán del Regimiento de Los Morados, José Ortiz, y su madre, Manuela Téllez Girón y Calderón, quien pertenecía a una de las familias españolas más antiguas y nobles.

Su padre fue asesinado en un enfrentamiento y, al poco tiempo, su madre también moriría, por lo que María Josefa quedó encargada de su hermana, María Sotero Ortiz, quien le ayudaría a redactar su solicitud para entrar al Colegio de Vizcaínas, en 1789. Esto no significaba que su destino fuera el de ser una religiosa, nada de eso. Entonces era costumbre que las hijas de familia pagaran una dote al convento para ser resguardadas mientras se casaban.

En una visita al colegio, el licenciado viudo Miguel Ramón Sebastián Domínguez quedó prendado de la belleza de Josefa. No tardó en pedir su mano en matrimonio, casándose así el 24 de enero de 1793. La pareja tuvo doce hijos, cuatro varones y ocho mujeres. El licenciado Domínguez era uno

de los más renombrados y eficaces abogados de la ciudad, por lo que cuando llegó el nuevo virrey, Félix Berenguer Marquina, fue nombrado corregidor de Santiago de Querétaro.

Siendo la máxima autoridad de esta ciudad, Miguel Domínguez se opuso al maltrato de los dueños de los obrajes a los trabajadores y a la consolidación de vales reales en 1805. Por lo mismo, el entonces virrey José de Iturrigaray lo castigó. Sin embargo, el mismo Iturrigaray lo invitó más tarde a participar en la Junta Suprema de la Nueva España.

Dentro de su ámbito, Josefa Ortiz se sentía relegada por ser criolla, ya que en 1750 la nueva dinastía gobernante de los Borbones fue quitando poco a poco de los puestos públicos a criollos y mestizos. Este desaire a los habitantes de la Nueva España provocó recelo, por lo que se comenzarán a reunir a escondidas en tertulias a discutir su situación y el qué hacer. Doña Josefa fue

la primera que se integró a estos grupos, y posteriormente convenció a su esposo de unirse a estas reuniones clandestinas que tenían la intención de levantarse contra los españoles.

El levantamiento se tenía programado para octubre de 1810, pero uno de los conspiradores, Joaquín Arias, traicionó al movimiento al denunciar al alcalde Juan Ochoa las intenciones del grupo, por lo cual, el 14 de septiembre se encerró tanto al Corregidor y a su esposa en conventos diferentes. Sin embargo, la corregidora como pudo se comunicó con Ignacio Allende, quien pretendía a una de las hijas del matrimonio. Fue así como el levantamiento por la Independencia comenzó antes de lo previsto.

Don Miguel no se involucró más con la insurgencia, sobre todo después del suceso de septiembre de 1810. Pero doña Josefa siguió apoyando la causa, recibía y mandaba noticias y se reunía en secreto con ellos. El virrey Calleja solicitó en 1813 que se arrestara

a la Corregidora por considerarla una Ana Bolena. Así, doña Josefa fue detenida y enviada a la Ciudad de México.

Su esposo solicitó ser su defensor en la causa de sedición de que se le acusaba. Su castigo fue ser encerrada, primero en el Convento de Santa Teresa y luego en el Convento de Santa Catalina de Siena. Mientras tanto, su marido estaba enfermo sin percibir quinto alguno. Hacia 1817, el virrey Apodaca se compadeció de ella, la liberó y le restituyó a don Miguel el derecho a su sueldo por sus servicios prestados.

Conseguida la Independencia, el matrimonio se retiró a una vida privada en la Ciudad de México. Ella moriría por pleuresía a los 56 años, el 2 de marzo de 1829.





ENCARNACIÓN ORTIZ

*El lancero guanajuatense que
hacía correr a los realistas*

El rancho se levantaba cerca de San Felipe en la intendencia de Guanajuato. Se le conocía como Las Pachonas, y en sus tierras se daba a manos llenas el maíz y otros cultivos. Por azares del destino y la turbulencia de los tiempos, en la década de 1810, sus

dueños sembraron una semilla diferente: la libertad, y en poco tiempo cosecharon frutos insurgentes.

Los hermanos Ortiz —Matías, Francisco y Encarnación— eran los propietarios de aquel rancho. Al levantarse el cura Hidalgo, dejaron la yunta para tomar los fusiles, engrosando las filas insurgentes. Entre 1813 y 1820, no hubo sitio en todo el Bajío donde no se escuchara hablar de “los Pachones”. Encarnación y sus hermanos eran valientes en el combate, aunque, la verdad, no muy buenos estrategas.

Matías se había unido al doctor José María Cos, y en 1813 concentró sus fuerzas con las de Rafael López Rayón para derrotar a los realistas en San Miguel el Grande. Muerto en 1814, sus tropas se unieron a las de Francisco y a Encarnación, quienes tres años después se unieron a su vez a la expedición de Xavier Mina, el idealista español que llegó a la Nueva España a luchar por la Independencia.

Encarnación vio morir en combate a su segundo hermano, pero siguió dando batalla. Era un inmejorable lancero, cargaba con sus cincuenta hombres y hacían correr por todos lados a los realistas. Podía cabalgar durante horas, cayéndole de sorpresa a las partidas realistas; en pocas palabras: era el azote de la región.

En 1817, junto con Mina, logró romper el sitio que los realistas impusieron al fuerte El Sombrero, y tiempo después lo acompañó en un intento fallido por tomar la ciudad de Guanajuato. En noviembre de ese año se enteró del triste desenlace de Mina frente a un pelotón de fusilamiento. Incansable, el último de “los Pachones” siguió en pie de guerra con una sola motivación: ver consumada la Independencia.

Al enterarse de la proclamación del Plan de Iguala, en 1821, Encarnación dejó el retiro otorgado por el indulto y con fusil al hombro se volvió a sumar a las tropas tri-garantes de Agustín de Iturbide. Su futuro

parecía prometedor, pues cada día que pasaba, más hombres se unían a la causa de la Independencia y la paz se alcanzaba a divisar.

En agosto de 1821, el insurgente Nicolás Acosta, junto con Encarnación Ortiz, entraron a Azcapotzalco para librar lo que sería la última batalla de la Independencia. Las escaramuzas se tornaron difíciles, pues el terreno se enlodaba por la densa lluvia que caía inmisericorde. Al escuchar los disparos del tiroteo, el general realista Manuel Concha se dirigió de su cuartel general en Tacubaya a Tacuba, para avanzar hacia Azcapotzalco. Los insurgentes decidieron retirarse de Azcapotzalco, por lo que enviaron sus tropas a la Hacienda de Careaga. El general Concha, que supo de la retirada rebelde, siguió a las tropas a la hacienda y después decidió atacarlos con el fin de forzar la hoy famosa batalla en Azcapotzalco, donde se refugiaban sus tropas en la parroquia del lugar. Los realistas se apresuraron y colocaron

una pieza de artillería cerca del cementerio. A su llegada al pueblo, las fuerzas insurgentes atacaron a los realistas que estaban estratégicamente colocados en el atrio y en los techos de la Parroquia y el Convento de los Dominicos. El combate continuó por largas horas, hasta que las municiones insurgentes se agotaron.

El insurgente Bustamante ordenó enviar un cañón a la entrada del poblado, aumentando la acción de combate. Bustamante, al ver que su ofensiva daba resultado, decidió la retirada tratando de rescatar la artillería con el fin de no dejarla en poder realista.

Fue cuando ordenó recuperarla a Encarnación Ortiz, quien montó decidido en su caballo y se dirigió al cañón atascado en el fango para lazarlo y poderlo jalar, pero no logró su propósito, ya que un tirador en el techo de la iglesia logró darle en la espalda, y cayó muerto al instante. El acto enardeció a los insurgentes, quienes se lanzaron a pelear ferozmente cuerpo a cuerpo contra las

fuerzas realistas, que derrotaron y se vieron forzadas a huir hasta el Puente del Rosario.

Encarnación Ortiz fue sepultado en el panteón de la parroquia de Azcapotzalco.





MARIANA RODRÍGUEZ DEL TORO LAZARÍN

*La Conspiración de 1811
en contra del virrey Venegas*

Manuel Lazarín, dueño de la mina de la Valenciana, se había casado con Mariana Rodríguez del Toro, en 1809. El matrimonio era conocido por las exquisitas tertulias que daban en su casa con jóvenes amistades de la ciudad guanajuatense. En

una de esas reuniones, para mayor precisión, el 8 de abril de 1811 y alrededor de las 20:30 horas, se comenzaron a escuchar las campanadas de la iglesia que estaba cercana al domicilio de los Lazarín. No solo se escuchaba el estruendo de las campanas al vuelo, también se oían hartas balas de salva. A los invitados de los Lazarín aquella situación se les hacía bastante rara, siendo el pueblo de naturaleza tranquila, hasta que se enteraron de que el cura Miguel Hidalgo había caído y había sido apresado por las tropas realistas.

Aparentemente, la bella mujer del minero tomó fuerza para sermonear a sus invitados de que el movimiento insurgente debía seguir vivo más que nunca. También se le ocurrió manifestarles que lo mejor que se podría hacer en tal situación, era secuestrar al entonces virrey Francisco Xavier Venegas por el bien de la causa. Dentro de su arrebatado, no solicitó únicamente que se le privara de la libertad al representante máximo de la

autoridad del virreinato, sino que también debería ser dispuesto a la Suprema Junta de Zitácuaro, precedida en ese momento por Ignacio López Rayón.

Yendo más lejos, la fina dama también dijo que, si no lograban el objetivo, se debería entonces asesinar al virrey. Como era de esperarse, todos quedaron sorprendidos y congelados ante las palabras pronunciadas por doña Mariana. Estos sucesos se conocen históricamente como la Conspiración de 1811. A muchos de los que se encontraron ahí no les pareció tan mala idea, así que se pusieron a desarrollar un plan para ejecutarlo.

Doña Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín empezó primero convenciendo a los oficiales realistas para llevar a cabo su plan. Además, se auxilió de los capitanes Francisco Omaña y Tomás Castillo. Su plan era acudir al Paseo de Bucalери, donde generalmente estaba acampada la tropa realista y a donde regularmente acudía el máximo

gobernador de la Nueva España a pasar revista. Entonces, una vez presente el virrey se procedería a secuestrarlo.

¿Qué salió mal? Pues como siempre pasa en estas historias, no tardó el traidor en salir a soltar la sopa. En este caso fue don José María Gallardo, quien creyendo que iba a morir durante la ejecución del plan se fue a confesar. El sacerdote, llamado Camargo de la Merced, a su vez traicionó el secreto de confesión y decidió acudir a las autoridades a denunciar las intenciones de los conspiradores. Una vez en prisión, Gallardo delató al matrimonio Lazarín y al resto de los intrigantes.

La Junta de Seguridad y Buen Orden, que era presidida por Miguel Bataller, condenó a los esposos Lazarín a la cárcel. En principio se pensó que Mariana podría ser ejecutada, ya que fue a la que se le ocurrió semejante idea que escandalizó a la sociedad guajuatense. Sin embargo, fue perdonada, pues al parecer estaba embarazada. Durante los

años que pasó en prisión nunca dejó sus ideales patrióticos y defendió siempre a los insurgentes.

Se sabe que, durante su cautiverio, siempre trataba de convencer a quienes se dejaban que la causa insurgente era válida; incluso se sabe que ideó otras conspiraciones.

Doña Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín, junto a su marido, fueron liberados en 1820.

Murió el 20 de diciembre de 1820, dos meses antes de que se firmará el Plan de Iguala. El nombre de Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín está inscrito en letras de oro en el salón de Sesiones de la H. Cámara de Diputados y en la base de la estatua que representa la ley en la Columna de la Independencia, conocido como el Ángel de la Independencia.



RAMÓN LÓPEZ RAYÓN

*El comerciante tuerto del Paríán
que defendió la Junta de Zitácuaro*

Tlalpujahua es una pequeña joya incrustada en las montañas del estado de Michoacán, pueblo minero que, como muchos, vio épocas de esplendor cuando sus vetas parecían inagotables. Hoy, es un pueblo mágico, famoso por tener más de 50

años cultivando la inigualable tarea artesanal de hacer esferas de Navidad.

Pocos recuerdan que ese pueblo fue la cuna de un gran personaje de nuestra historia, Ramón López Rayón, el segundo hermano del célebre héroe de la Independencia, don Ignacio López Rayón, quien fue secretario de Hidalgo y participó en las batallas de Monte de las Cruces, Aculco y Puente de Calderón, logrando, en esta última, salvar 300 mil pesos de los recursos del ejército.

Ramón López Rayón nació el 31 de agosto de 1775. Su padre, Andrés López Rayón, era hombre de minería, mientras que su madre fue nada menos que Rafaela López Aguado de Rayón, mujer de armas tomar que también le entró a la lucha independentista, y que cuando le dijeron que convenciera a sus cinco hijos de entregar sus armas, respondió: “Prefiero un hijo muerto que traidor”.

Al terminar sus primeros estudios, el joven Ramón viajó a la capital para seguir su

carrera. Desgraciadamente, las circunstancias económicas lo obligaron a abandonar su sueño de superación y comenzó a trabajar como comerciante. Llegó a tener lo que entonces se conocía como un “cajón” dentro del mercado del Parián, estos eran “puestos” adentro de un mercado, como ahora los vemos en toda la ciudad, ciertamente era un negocio provechoso.

Ocupado en esta labor estaba Ramón, cuando estalló la revuelta de Dolores, en la que casi desde el principio participaron sus hermanos Ignacio, José María y, el más pequeño, Francisco.

Conforme fue tomando notoriedad con los insurgentes, la valentía e inteligencia del hermano mayor, Ignacio, las autoridades españolas comenzaron a atacar y a perseguir a Ramón, hasta que le arruinaron su negocio. Fue cuando decidió seguir la bandera de la Independencia. Pero no quiso entrar al ejército como un soldado más, nada de eso: hombre decidido e inteligente, dedicó

tiempo al estudio de las fortificaciones, así como al arte de fundir cañones.

Ramón se integró al ejército insurgente a partir de la toma de Guadalajara, en noviembre de 1810, cuando se anotaron un punto venciendo a las tropas del coronel Manuel del Río. Ya encargado de las fortificaciones y de la artillería del ejército, Ramón comenzó a subir de rango por su gran habilidad para fundir cañones, arreglar rifles, hacer municiones, granadas y otros trabajos que solo los ingenieros podían hacer.

Llegó así la defensa de Zitácuaro, en enero de 1812. Esta batalla significó mucho para el joven Ramón: las tropas realistas, al mando de Calleja, arremetieron con agresividad sorprendente contra las cuadrillas insurgentes comandadas por su hermano, Ignacio. El ataque se dio porque en esa localidad se encontraba la Suprema Junta Nacional Americana (Junta de Zitácuaro), el consejo insurgente más importante, donde se redactaban las leyes de la nueva nación independiente.

Tras varias horas de nutrido combate, los realistas lograron tomar la plaza, por lo que los insurgentes tuvieron que huir a la sierra de Guerrero. Durante esta batalla, Ramón Rayón perdió un ojo.

A partir de entonces, vivió en la región de Michoacán a salto de mata, de aquí a allá, ahora huyendo de los realistas, ahora atacándolos con los pocos hombres armados que conseguía y patrocinaba de su bolsa. El llamado a la Independencia corría por su sangre y no se iba a dar por vencido. Pese a ser un hombre de carácter brusco, tenía buen corazón, como lo dejó ver aquel 31 de agosto de 1814, cuando para celebrar su santo dejó libres a todos los prisioneros realistas que tenía, les dio ropa y un peso a cada uno. La gran mayoría prefirió quedarse en su ejército.

Por fin, el 2 de enero de 1817, las fuerzas realistas lograron atraparlo. Terminada la guerra, fue comandante militar de Zitácuaro y gobernador del Estado de México

dentro del gobierno de Agustín de Iturbide.
Murió el 19 de julio de 1839 en la Ciudad de
México.





**MARÍA YGNACIA RODRÍGUEZ,
LA GÜERA RODRÍGUEZ**

*La beldad conquistadora
de Humboldt e Iturbide*

María Ygnacia Xaviera Raphaela Rodríguez de Velasco y Osorio Barba fue una mujer nacida en la Ciudad de México, un 20 de noviembre en el año 1778, en pleno Siglo de las Luces. Era tal su gracia y belleza

que el mismísimo Alexander von Humboldt llegó a comentar a Fanny Calderón de la Barca que “[la Güera Rodríguez era la] mujer más bella que había conocido”. Por su parte, el entonces famoso escritor Artemio del Valle-Arizpe, la calificó como una fémina ingeniosa y rebelde, que se atrevió a romper los cánones de la sociedad mexicana.

Sus padres fueron el regidor perpetuo del Ayuntamiento de la Ciudad de México, licenciado Antonio Rodríguez de Velasco, y su madre, María Ignacia Osorio Barba. Ambos pertenecían a la crema y nata de las familias de la capital novohispana. La Güera tuvo dos hermanas menores: Josefa y Vicenta.

María Ygnacia, como ella escribía su nombre, asistía a fiestas, bailes, conciertos, paseos y a todos los actos de la alta sociedad novohispana de su época, y paseos a San Agustín de las Cuevas, la Casa de la Bola, entre otros sitios. Además de estas actividades, no podemos olvidar que la religión era parte indispensable de la vida familiar

y social de su tiempo, el fundamento en la educación y disciplina de cualquier persona que se respetara. Tanto así que su madre, el 17 de mayo de 1800, consultó con el cura amigo de la familia, fray Manuel Arévalo, si debía denunciar a sus hijas, pues les encontró algunas estampas donde se mostraba la moda francesa con imágenes de vestidos escotados. El fraile decidió acusarlas ante el Santo Oficio, y después de investigar al peluquero italiano Carlos Franco, quien les había entregado las imágenes a las hermanas, se decidió cerrar el caso.

Su primer matrimonio fue a los 15 años con el militar José Gerónimo López de Peralta de Villar y Villamil. De esta unión nacieron seis hijos, aunque desde el principio la relación venía con tropiezos, debido a los escándalos por celos que el soldado protagonizaba en público, enterando a toda la ciudad de sus rabietas. Un día, Gerónimo Villamil, al encontrarla afuera de su casa con los canónigos Ramón Cerdeña y José

Mariano Beristaín, le disparó para asustarla. Para suerte de la Güera, el arma se trabó, pero el hecho fue suficiente para que la mujer saliera huyendo a casa de sus padres. Se inició la querrela de divorcio eclesiástico, que se otorgó; mas ella decidió seguir con Villamil hasta la muerte de éste en 1805, cuatro años más tarde perdería a su hija Victoria.

María Ygnacia quedó viuda con sus cinco hijos y en custodia del mayorazgo heredado de su esposo. Dos años después se casó con el doctor Juan Ignacio Briones Fernández de Ricaño y Bustos. El matrimonio duró seis meses, pues el galeno no le aguantó el paso a la tremenda mujer y murió a los 53 años. Finalmente, la Güera se volvió a casar, esta vez con Juan Manuel de Elizalde y Martincorena, el 5 de septiembre de 1825.

Sus actividades durante la guerra de Independencia fueron múltiples, pues formaba parte del pequeño círculo social de clase alta que creían en una Nueva España emancipada, y daba dinero y apoyo a los rebeldes.

Tan es así que de 1810 a 1814 fue denunciada constantemente, pero no pudieron probarle nada.

Curiosamente, el capitán Agustín de Iturbide la visitaba continuamente y se carteaba con ella, quien la identificaba como Damiana. Cuando el michoacano fue nombrado comandante jefe del Ejército del Sur y negoció con Vicente Guerrero la soberanía del país, María Ygnacia prestó su casa de la Hacienda de Patera para ajustar los últimos detalles de la Independencia. Ahí se reunió con Iturbide, el capitán general Juan O'Donojú y el mariscal Francisco Novella, esto en septiembre de 1821.

Inválida dictó su testamento en septiembre de 1850, para morir el 1 de noviembre de ese mismo año en la Ciudad de México.



Batalla de Zitácuaro

EPITACIO SÁNCHEZ

*El jinete excepcional
con decisión férrea*

Nacido en la montañosa Jilotepec, Estado de México, en 1790, Epitacio entró a la guerra bajo las órdenes de don Ramón López Rayón. Venía de una familia de mediana posición, que se dedicaba al trabajo del campo dentro de los terrenos que

eran de su propiedad. Desde joven, Eпитacio se distinguió por ser un jinete excepcional. Hombre de armas tomar y decisión férrea, fue ascendiendo gradualmente hasta convertirse en capitán de un pequeño grupo de caballería que dio batalla en Sultepec, Tenango y Zitácuaro.

Como teniente coronel, en octubre de 1812 colaboró en el asalto de Ixmiquilpan, que se vio frustrado por la desertión de Francisco Villagrán, alias el Chito, quien nunca llegó al sitio con sus fuerzas como se suponía.

Más adelante, Morelos mandó a Eпитacio Sánchez y sus bravos a caballo a atacar a ciertas baterías de Iturbide en la zona oaxaqueña, hasta que fue vuelto a llamar por Ramón López Rayón para que lo auxiliara en la expedición que hizo a los alrededores de Querétaro. En varias batallas Sánchez derrotó a los realistas, una de las grandes fue la que peleó junto con Atilano García, al caer en Huehuetoca en abril de 1814, donde

tomó la plaza y se quedó con caballos, armas y municiones.

En mayo de 1816, los insurgentes sufrieron una derrota en Jilotepec, en manos del coronel realista Cristóbal Ordoñez, quien personalmente entró en la casa de Epitacio y se llevó a su esposa e hijos. Si deponía las armas, el coronel Ordoñez le daba el indulto y podría rescatar a su familia. Con tal de salvarlos, Sánchez se cambió de bando. Inclusive persiguió a varios excompañeros, como a Rafael Villagrán, a quien mandó a fusilar.

La batalla más importante que libró Epitacio Sánchez con sus bravos fue la llamada “30 contra 400”, que se dio en Arroyo Hondo, Querétaro. Debe mencionarse que, desde 1810, Querétaro estaba bajo el control del ejército realista. Además de fortificada, era un punto militar importante, por lo que se tenía un fuerte ejército armado. Por ello, los ataques rebeldes habían sido pocos. Pero el día 7 de junio de 1821, muy de mañana, la guardia

reportó al comandante Manuel Luaces el paso de un nutrido contingente del Ejército Trigarante rumbo a San Juan del Río. Al frente, entre los oficiales que se distinguían de todos los demás, pudieron ver a quien días antes había acordado el Plan de Iguala, en una acción en que abiertamente dejaba de ser realista y se ponía del lado de los insurgentes, por lo tanto, enemigo número uno. Así se distinguió la figura de Iturbide, y al lado de él sus mandos montados en finos caballos, Epitacio Sánchez y Mariano Paredes.

Fue cuando el comandante Luaces vio el momento oportuno para cubrirse de gloria haciéndolos prisioneros. Ordenó entonces que de inmediato se atacara, llevando 280 infantes del batallón Zaragoza y 120 dragones montados, del batallón de Sierra Gorda: ¡400 hombres contra 30 que acompañaban a Iturbide!

El paraje era todo campo raso y nopales; el único lugar que podía servir de refugio era un arroyo conocido como “Arroyo

Hondo”. Al encontrarse los dos ejércitos, la lucha fue tremenda, el feroz combate fue librado principalmente en lucha cuerpo a cuerpo, con sables, machetes y espadas. La fiereza que mostraron los insurgentes hizo que la frustrada y confundida fuerza realista comenzara la retirada, para asombro de todos.

Días después, el 16 de julio de 1821, Querétaro acudió entusiasta a la Hacienda de Alvarado a recibir a Agustín de Iturbide, quien entraba victorioso a tomar la ciudad de manos del comandante Luaces, entregando así el último baluarte realista.

Consumada la Independencia e instaurado el Primer Imperio Mexicano, Epitacio fue enviado a participar en la batalla de Almolonga (enero de 1823), donde fue abatido de un balazo en la cabeza.



**MARÍA DE LA LUZ LEONA CAMILA VICARIO
Y FERNÁNDEZ DE SAN SALVADOR**

*La benemérita y dulcísima
madre de la Patria*

Un 10 de abril de 1789, en la Ciudad de México, el matrimonio conformado por el peninsular asturiano Gaspar Martín Vicario y Camila Fernández de San Salvador, descendiente directa de Ixtlilxóchitl II, último

tlatoani de Texcoco, recibió como nuevo miembro de la familia a una niña que sería bautizada con el nombre de María de la Luz Leona Camila Vicario y Fernández de San Salvador.

Por su gran posición económica, la niña creció en un ambiente despreocupado que le facilitó una instrucción bastante amplia tanto en las bellas artes como en las ciencias.

Sin embargo, su padre murió cuando ella tenía siete años, y diez años después moriría su madre. Así que a la edad de diecisiete años, María de la Luz dejaba Toluca por la capital de virreino, estaba huérfana, sin hermanos y con una enorme fortuna que era administrada por un pariente materno, Agustín Pomposo y Fernández de San Salvador, el primogénito de su tío Manuel, recién egresado en Derecho Civil en la Real y Pontificia Universidad de México.

Es durante ese tiempo que se enamoró del joven Andrés de Quintana Roo. Su tío tenía otros planes para ella. Sin embargo,

el recio carácter de la muchacha, además de su amplia educación no hacían fácil que aceptara órdenes ni de su tío ni de nadie.

Leona Vicario fue una fiel seguidora del movimiento de Independencia desde que estalló. Clandestinamente participó en la Sociedad Secreta de Los Guadalupe, asociación dedicada a recabar información valiosa para los insurgentes, sobre los planes y objetivos del enemigo. Además, escondió a muchos de los personajes que andaban huyendo, daba dinero a la causa y servía como correo entre los revolucionarios. En ese mismo año de 1810, al cumplir los 21 años, su tío le otorgó la herencia correspondiente que para entonces ya había triplicado.

Mientras tanto, Andrés Quintana Roo se afilió a la insurgencia y empezó a colaborar con la difusión e impresión de las publicaciones periódicas, como el *Semanario patriótico americano* y *El ilustrador americano*. En 1813, a escondidas de su tío, Leona Vicario contrajo matrimonio con su amado

Andrés. Después de atar el nudo, se fugaron a Chilpancingo y se pusieron a las órdenes del generalísimo José María Morelos y Pavón.

Cuando Leona Vicario quiso contratar a los mejores armeros para que surtieran a los insurrectos en San Antonio Huixquilucan, su tío se enteró y obtuvo un indulto del virrey Francisco Xavier Venegas. No obstante, el entonces nuevo virrey Félix María Calleja no estuvo de acuerdo con tal acción, detuvo a Leona Vicario en casa de su tío don Agustín Pomposo y la ingresó al colegio y convento para señoritas de Belem. Poco duraría el encierro, pues escapó con la ayuda de amigos insurgentes. Fue así como comenzó su peregrinaje por la serranía, que, si para los hombres era tortuoso, es cuestión de imaginar cómo era para una mujer.

Llevando una vida cada vez más precaria, en condiciones pavorosas, Andrés y Leona Vicario se entregaron en Sultepec a los realistas. Leona aceptó su suerte, esto incluyó

aceptar el indulto del virrey Juan Ruiz Apodaca y ser recluida nuevamente en el convento de Belem. En 1820, gracias al indulto real, fue liberado el matrimonio.

Concluida la Independencia, el gobierno mexicano reconoció su labor, y en recompensa se le otorgaron ochenta mil pesos de oro y la Hacienda de Ocotepec. Falleció en la Ciudad de México a los 53 años.





MANUEL SABINO CRESPO

*El cura que colaboró en
la Constitución de Apatzingán*

La Heroica Ciudad de Ejutla de Crespo, Oaxaca, se llama así en honor a un héroe de la Independencia un tanto olvidado: el sacerdote Manuel Sabino Crespo, quien nació en el distrito de *Ejutla*, ‘donde abundan los ejotes’, el 3 de enero de 1778.

Hijo de una familia con posibilidades económicas, el joven Manuel, inquieto e inteligente, fue enviado a Oaxaca, capital, a recibir una buena educación. Entró al Seminario de la Santa Cruz y se graduó con honores en 1800. De ahí, primero fue maestro y, después, vicerrector del Colegio, hasta ordenarse sacerdote, en 1803. Al año siguiente, Crespo se recibió como licenciado en leyes.

Quienes lo veían, no solo se encontraban con la figura de un cura flaco de semblante demacrado y carácter tristón, sino con un sabio que jamás presumió de serlo. Su trato era sencillo, no obstante, contaba con recursos para andar con lujos. Siempre combatió los excesos de los ricos, y recriminaba públicamente su falta de caridad hacia los más necesitados.

En 1808 obtuvo el curato de Río Hondo, al que se trasladó en julio. El cura Sabino amaba su trabajo, atendía a todos por igual, con cuidado y respeto, ya sea inculcando

en sus corazones actos de piedad o exonerándolos de contribuciones parroquiales que la Iglesia normalmente cobraba a la gente, aunque no tuviera un quinto. Por lo mismo siempre fue querido y respetado por todos.

Al estallar la guerra de Independencia, fue de los primeros oaxaqueños en mostrarse en pro de la causa. Esto inquietó a los altos mandos del clero, quienes lo pusieron bajo una estricta vigilancia. Sin embargo, cuando José María Morelos tomó la ciudad de Oaxaca, el 25 noviembre de 1812, Crespo aventó el arpa angelical, sus comodidades e intereses, y fervoroso se fue a poner a las órdenes del caudillo Morelos en la Ciudad de México, el 18 de enero de 1813. Por supuesto, Morelos, al ver sus aptitudes como licenciado, aceptó de inmediato sus servicios y lo integró a su equipo personal.

En septiembre de 1813, durante el significativo Congreso de Chilpancingo (el

primer congreso independiente donde se declaró la Independencia de la América Septentrional del trono español y donde Morelos leyó su famoso documento *Sentimientos de una Nación*), fue diputado suplente de José María Murguía y Galar-di como representante de la provincia de Oaxaca. El cura Sabino Crespo contribuyó bastante a la formación de la Constitución de Apatzingán (22 de octubre 1814), que no le dio tiempo de firmar porque tuvo que salir a desempeñar una tarea pública. En esta constitución, la primera redactada en México, se dio un paso fundamental en la lucha que contribuyó a nuestra libertad, y se sentaron las bases para la consolidación del Estado Mexicano, destacando los conceptos de soberanía, ciudadanía, igualdad ante la ley y respeto a la libertad. Pretendía velar por la protección de los pobres a través de la moderación de la opulencia y el aumento de su salario, que se traduciría en la mejora de sus costumbres, y

los alejaría de la ignorancia, la rapiña y el hurto. También se plantea que los bienes deberían repartirse correcta y justamente, de manera que nadie se enriqueciera en lo particular, y todos quedaran socorridos en lo general.

Tras la derrota de los insurgentes en la batalla de Puruarán, Mich., (donde cayó prisionero el brazo derecho de Morelos, Mariano Matamoros), el padre Manuel Sabino Crespo decidió esconderse en Oaxaca, y al encontrarla ocupada por el bando realista, decidió moverse a Zacatlán. Sin embargo, el 2 de septiembre de 1814, fue herido en la pierna y capturado. Se cuenta que ante el tribunal que lo interrogaba dijo:

Me llamo Manuel Sabino Crespo; soy natural de esta Nueva España, diputado al Congreso de Chilpancingo y vuestro prisionero. Sabed también para conocimiento del virrey, que en presencia del mundo todo y de Fernando VII, a quien combato como insurgente, probaré y liaré

ver a la luz del derecho y de la razón que nuestra Independencia es no solamente necesaria sino justa. Ahora que ya me conocéis, haced de mí lo que queráis.⁹

El 14 de octubre de ese año fue fusilado en Apan, Hidalgo.



⁹ *Suprema Junta Americana y Congreso de Anáhuac. Constitución de Apatzingán.* Secretaría de Cultura de Michoacán, Mich, México, 2014, p147-148.

PARA SABER MÁS

Álvarez, Fernando, “María Tomasa Estévez y Salas, bella y valiente independentista”. *Radio Turquesa*, 29 de mayo de 2019 [consulta el 10 de abril de 2021], <https://bit.ly/3sfuWNO>.

Arrom, Silvia Marina, *La Güera Rodríguez, Mito y mujer*, México: Turner, 2020, 248 p.

Dada, Paola, “Doña Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín” en *Letras de oro en los muros de honor de la Cámara de Diputados*, México: Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, LX Legislatura, MA Porrúa, 2009, pp. 191-195.

García López, Ana Belén, *Las heroínas silenciadas en las independencias hispanoamericanas*, Barcelona: Megustaescribir, 2016, 682 p.

González Pérez, María de Jesús, “Mujeres e Independencia: reconstruyendo el relato histórico”, *Universitaria*, diciembre 2018, pp. 16-17.

Knaster, Meri, *Women in Spanish America: An Annotated Bibliography from Pre-conquest to Contemporary Times*, Boston Mass: G K Hall, 1977, 696 p.

Hernández Carballido, Elvira, *Bellas airosas: mujeres en Hidalgo*, Pachuca: Universidad Autónoma de Hidalgo, 2011, 220 p.

Meza Escorza, Tania, “Altagracia Mercado, la independentista hidalguense”, *Milenio*, 13 de septiembre de 2016. [consulta hecha el 15 de abril del 2021], <https://bit.ly/3tijySJ>.

Saucedo Zarco, Carmen, *Ellas, que dan de qué hablar. Las mujeres en la guerra de Independencia*, México: INEHRM, 2011, 58 p.

Heroínas y héroes

de la Independencia de México



Un vistazo para que los conozcas

Se terminó de editar e imprimir por Imagia Comunicación
en mayo de 2021, como un homenaje a las heroínas y
héroes invisibles que nunca conoceremos,
pero que honramos porque sacrificaron y
comprometieron todo, por un ideal de
libertad que forjó nuestro México.

Para su composición se utilizó
tipografía ITC Garamond y Myriad Pro.
Se imprimieron 1,000 ejemplares.

EQUIPO DE TRABAJO

Gerardo Australia

Textos y estilo de redacción

Ulises Corona Samayoa

Nayeli Zaragoza Ibarra

Revisión y corrección ortotipográfica

Margarita Hernández Campos

Arreglo de iconografía

Pedro María León Olea

Cuidado de la edición

Presentamos la vida de heroínas y héroes, todos participantes en el movimiento de nuestra orgullosa Independencia, a partir del grito en Dolores en 1810.

En este libro tenemos el gusto de mostrarles un conjunto inapreciable de mujeres y hombres de extraordinario vigor que dieron su vida por una causa; se trataba de un movimiento nuevo y sin precedente, tejido desde la mística de la libertad para romper las cadenas que no dejaban latir a ese nuevo corazón llamado México.

Estas pequeñas joyas biográficas nos ayudarán a comprender el milagro político de nuestra Independencia, personas que cobran vida para recordarnos y mostrarnos que una nación se forja a base del carácter inquebrantable de sus hijos, que por las venas de México corre la sangre de quienes sacrificaron todo por un ideal de libertad que nos ha hecho una nación de gente valiente y esforzada.



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA

